

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 235

Sevilla—Lunes 13 de Octubre de 1902

AÑO XXVI

Armamentos navales

Al dar cuenta al rey el presidente del Consejo de ministros de todos los problemas resueltos y de los planteados durante los tres meses que han vivido separados, se hizo lenguas el señor Sagasta en tonos muy benévolos de las atenciones que debemos a nuestros buenos vecinos los franceses y a su Gobierno, que se ha deshecho en finezas y obsequios con la reina madre a su paso por París, enviando buques de guerra a nuestras aguas para saludar al jefe del Estado, y lo demás que comunicaron las agencias y los corresponsales en el pasado mes de Agosto, añadiendo que son tanto más de agradecer, cuanto que aún no hay pacto de alianza ni inteligencia para llegar a ésta.

También manifestó el presidente la conveniencia de salir de la política de aislamiento para entrar de lleno en el concierto de Europa, atendiendo en primer término a los intereses del comercio y de la industria para elegir amigo o amigos.

De Portugal vienen chinitas, a las que nuestros estadistas no saben ó no pueden contestar; y el rey D. Carlos, que está en viaje para visitar algunas capitales europeas, irá a Londres, a la residencia del rey Eduardo, para recibir el santo y seña, y de retorno se detendrá en Madrid unos días.

La alarma de aquellos piropos francoespañoles, el viaje de D. Carlos y la prisa con que el Gobierno español se apresta a armar una nueva y formidable escuadra, está dando mucho que hablar y no poco que hacer a las secretarías y cancillerías de Europa, y aun (como dice Sagasta) a nuestros buenos amigos los yanquis.

¿Se armará la escuadra?

A nosotros nos parece muy dudoso el resultado positivo de los acuerdos de la famosa comisión que tiene ya ultimados los proyectos, señalando el número de barcos, sus condiciones y forma de construcción, así como el proyecto de concertar ó contratar un empréstito, no sabemos con qué garantías ni en qué forma de emisión.

Serán transformados nuestros arsenales, que se entregarán mediante arriendo a la industria particular, acaso a algún sindicato franco-belga-español, tal vez a alguna empresa poderosa de que se habla más en París que en Madrid, porque en Madrid se conoce de los asuntos de España lo que nos quieren decir el extranjero.

Se transformará el ministerio de Marina radicalmente, reorganizándole bajo bases completamente nuevas, entregando todo lo que es puramente técnico al almirantazgo, y constituyendo el centro ministerial lo que es materia legislativa y todo lo burocrático y de administración.

¿Buques? Muchos y buenos. Así lo afirman los entusiastas del proyecto, modernos, todos perfeccionados y de superior andar.

Cuando la comisión, ó la junta, ó el Consejo de los últimos perfiles a los proyectos, se harán públicos, y entonces los conoceremos.

No falta más que una cosa, ni hay más que una pequeña dificultad: que si se hace el empréstito, se hará en pésimas condiciones; porque con un presupuesto en déficit enorme y comprometidas las más saneadas rentas, no sabemos con qué garantías se podrá realizar el milagro; pero, en fin, puede que los entendimientos superiores nos preparen una sorpresa grata.

Es claro que nos agrada, porque siempre fuimos partidarios de una armada fuerte y poderosa, bien dotada y bien dirigida, para hacernos respetar y para ser un verdadero factor en los conciertos internacionales.

De poco sirven nuestras costas y nuestra estratégica admirable posición en Europa, como llave de los dos mares de la gran disputa mercantil y comercial, cuya posición es tanto más codiciada cuanto más débil sea el llavero.

Pídanse millones para Marina; hagamos, sí, una escuadra, pero miremos ante todo y sobre todo los verdaderos intereses del país, al que ya no le seducen los halagos, ni quiere esplendores de quincalla; oro fino y fomento de sus intereses y dinero bien invertido, y para el pro de España, no para las conveniencias de otros.

Murmuraciones

La ilustre suegra del ilustre Sr. Silvela está en estado agónico.

Telegrafíase la noticia triste a todos los pueblos de España para que los caciquillos rurales de la conservaduría vayan preparando la peseta que habrá de costarles el telegrama de pésame. Rebusquen, rebusquen palabras sentimentales para cuando llegue el caso.

Casi todos los colegas sevillanos que se han publicado hoy—*El Porvenir*, *El Noticiero* y *La Iberia*—protestan de que en todos los mítins obreros, éstos últimos hagan de la Prensa cabeza de turco, criticándola y zahiriéndola.

Lo mismo que con ella hacen contra todos los poderes, y no es cosa de enfadarse por ello. Después de todo, ese mismo hecho revela una franca sinceridad que es digna de alabanza.

Ellos, para defenderse, no tienen otra tribuna que el aire libre, y en ella exponen sus quejas con rudeza y con toda la acritud de su carácter.

Los obreros atacan a los capitalistas, a los gobiernos, algunas veces—muy pocas—a la Iglesia... Se atacan ellos mismos, porque entre ellos también hay divergencias y odios... ¿Qué extraño es que la Prensa también se vea envuelta en su crítica pasional?

Al lado de los colegas estamos nosotros, y creemos, como ellos, que los obreros pasan la linde, queriendo ejercer de tiranos al imponer y juzgar con criterio cerrado sus creencias... pero estimamos que el hecho no tiene importancia, y que nosotros se la daremos si seguimos ocupándonos en ello.

Y hora es de que tratemos esta cuestión con alguna más amplitud para que mis colegas se persuadan si tengo ó no razón.

El movimiento societario en Sevilla ha adquirido más importancia de la que en realidad tiene, porque la prensa, á falta de otros asuntos, ha estado siempre tocando la campana obrera, y el eco ha trascendido á todas partes.

Sin ir más lejos, y sin fijarnos en otro movimiento societario que en el último acaecido el pasado jueves, ¿creen mis queridos compañeros que si la prensa, ellos y nosotros, no habríamos á bultantín, abultando las noticias para darlas la importancia de que carecen, creen ellos que en España entera se hablaría hoy en todos los periódicos, y en su sección de telegramas, de *La Huelga de Sevilla*, con título grande y á dos columnas en los periódicos más importantes?

¿Quíal... La mayor parte de las veces, los periodistas ejercen de farsantes, á conciencia de que los actos que ejecutan no tienen otra importancia que la que ellos le dan.

Todos sabemos que el movimiento del pasado jueves fué un acto que pasó desapercibido hasta para nosotros los sevillanos, y que todo se redujo á un paro convencional de determinado número de obreros que ni quieren paro, ni quieren huelga, ni quieren otra cosa sino que los dejen en paz.

Los ánimos estaban cohibidos, creyendo quizá que saldría á la calle el ciudadano Nerón con su cohorte á cortar cabezas... á pesar de tener conciencia de que en Sevilla no hay ciudadano Nerón, ni motivos para que lo haya.

Celebróse el mitin, y á él acudieron hasta dos mil personas, contando hombres, mujeres y multitud de chiquillos... ¡No había más!

¡Léase la Prensa de aquellos días! Todos, todos, decíamos poco más ó menos:

«Al mitin asistieron... tantos (dos mil), pero los enterados de estas cuestiones hacen ascender el número de huelguistas, á 15.000.»

¡Y qué quince mil ni qué rábanos si Sevilla, excepción hecha de algunas fundiciones, hizo su vida normal!

Muchos de los obreros que pararon lo hicieron como lo hacen el día que hay cualquier espectáculo que interesa general ó particularmente, y de camino... por solidaridad, solidaridad que luego lloran ó deploran el sábado á la hora de cobrar.

Que todo esto es una gran verdad no me lo negarán mis queridos colegas.

¡Dijo algo de esto la Prensa!

¡Nada!

La Prensa se limitó á dar bombos á diestro y siniestro, otorgando cruces de previsión y tolerancia á todas las autoridades, como si hubieran ganado alguna batalla.

En cambio, la Prensa no ignora que dos conocidos propagandistas—la Teresa Claramunt y Bonafulla—han llegado Sevilla y se les ha hecho irse de ella á la fuerza, obligados, vulnerando la libertad individual, que si hoy puede parecer simpático porque se trata de dos agitadores, mañana pueden hacer lo mismo con cualquier persona decente que en uso de un derecho indiscutible quiera venir aquí cuando y como le dé la gana.

Y deber de la Prensa es ponerse al lado de la ley, y la ley ha sido pisoteada en Sevilla con la complicidad de la Prensa...

¡Y queremos que nos respeten los obreros que están viendo estas cosas!...

Deber de la Prensa sería también, cuando asiste á esos mítins, decir la verdad de lo sucedido, y tampoco lo hace, sin duda alguna por misericordia.

Misericordia que resulta contraproducente, porque los oradores, que no dan pie con bola y nadie los entiende, se ven sorprendidos al verse en letras de molde hablando con sentido común por pluma del periodista.

¿Y qué logran con esto? Que apenas se anuncia cualquier mitin público de obreros, se presente un aluvión de oradores para verse luego con su nombre propio puesto en los periódicos como si fuera cada uno un Castelar.

De casi todos esos escarceos—porque salvo algún acto en que hablan dos ó tres obreros á quienes se le puede oír por su ilustración y mesura, todos son escarceos—tiene la mayor parte de culpa la Prensa, porque no relata lo que ve, todo lo que ve, sino aquello que puede entrar en la forma periodística, cubriendo con el velo de su prudencia lo que, de no cubrirlo, pudiera poner al descubierto la importancia negativa de estos actos y la ninguna trascendencia que tienen.

Ya sé yo que esto es un vicio consuetudinario de la Prensa española, la que, desde los últimos veinte años del siglo diez y nueve, viene creando y viviendo una historia de mentiras.

Por ella, por la Prensa, vemos en la cumbre de todos los poderes una recua de animales vestidos con las mayores jerarquías.

Por ella, por la Prensa, cualquier melón aviado vestido de caballero, es excelentísimo é ilustre varón.

Por ella, por la Prensa, cualquier llenaoficina es un funcionario modelo, y cualquier pinchazo un energúmeno en valor.

Por ella, por la Prensa, sabemos cuándo paren las mujeres de sus respectivos suscriptores un infante robusto ó una preciosa niña.

Por ella, por la Prensa, venimos en conocimiento de cuándo llega el Sr. D. Ciliandriqui y cuándo sale D. Pepito Calabazas.

Por ella, por la Prensa, sabemos que ya no hay artistas malos, ni mediocres, ni de poco ingenio, sino inspiradísimos, renombradísimos y honra y honor de la patria.

¡Y es claro, siguiendo esta pauta, que viene ya en moda desde el pasado siglo, no es extraño que aun las clases ignaras, acaparadoras de la fuerza, quieran también las preeminencias de la celebridad, ya que no puedan salir, en otro terreno, de ser buenos ó malos padres de familia...

En buena ley de imparcialidad, dirá algunas veces el periodista:

—¡Y qué diferencia hay entre el Sr. D... senador del Reino y bruto de solemnidad, á quien todos los días llevo y traigo, y ese hombre modesto, vestido de blusa, pero que siente, piensa y presta á la Humanidad su concurso mejor que aqué!

Es cierto; y por ello creo que la culpa es inveterada, que la llevamos arrastrando como una cadena, y que nos hace falta un supremo esfuerzo que nos ponga en condiciones de ser respetados, evitándonos que se nos moteje, si no como los únicos culpables, al menos como uno de los principales factores.

CARRASQUILLA.

EL CONGRESO DE GINEBRA

La última sesión

La ceremonia fué conmovedora. Salimos de la Universidad de Ginebra precedidos por compacta muchedumbre.

Ante el busto del sabio Volgt, el eminente profesor ginebrino, se rindió el tributo de admiración, debido á su profunda ciencia, á su voluntad de hierro, á su fe en los destinos de la libertad humana. El alcalde de Ginebra pronunció un discurso admirable. ¡Qué contraste entre aquel funcionario republicano y ciertos regidores, á quienes asusta el nombre de Zola colocado en una calle! A la voz de la primera autoridad municipal de Ginebra parecía resurgir el indomable espíritu de la ciudad revolucionaria y hospitalaria, madre de los oprimidos. Saludó el alcalde á los revolucionarios del mundo culto, pidiéndoles que imitaran á Volgt, el cual, perseguido por la tiranía alemana, se refugió en Ginebra,

siendo gloria y ornato de su primer centro pedagógico.

—Imítadle, sí—decía.—Aquí recogemos cuanto parece audaz é independiente en los países fanatizados. Volgt tuvo el valor de morir sin entregar su delicado espíritu á los embajadores celestiales. Con indomable fiereza espantó de su lecho de muerte á los siniestros emisarios que revolotean enredador de las frentes de los hombres grandes en la hora de la muerte. Sin duda merecía un cielo quien consagró su vida á la ciencia, al bien, á la filantropía, á la consecuencia, á la convicción de sus ideales puros.

El magnífico discurso, dicho con acento viril en el callado jardín de la Universidad ginebrina, fué reuniendo gente. Los distraídos paseantes no se alaraban al oír tan valientes frases. En países como el nuestro hubieran llevado á la cárcel á quien las pronunciara; pero Ginebra está acostumbrada á escuchar conceptos aun más atrevidos. Un pelotón de caballeros y de amazonas ingleses que galopaban por el paseo, enfilaron sus jamelgos hacia el corro que formábamos y nos prestaron guardia espontánea de honor. Las rubias mises, ligeramente inclinadas sobre el cuello de sus caballos, sosteniendo flojamente las riendas, parecían escuchar embelesadas aquellos fogosos párrafos en que se cantaba al progreso.

¡Hasta los niños suspendieron sus juegos y se acercaron al corro, mirando con ojillos entre curiosos y espantados los ademanes del orador!

¡Feliz país donde la tolerancia es institución, costumbre secular, arraigada en todos los corazones!

Desde la estatua de Volgt fuimos á la de Rousseau, atravesando toda la ciudad.

Cuando llegamos á la isleta en que se levanta el monumento al gran Juan Jacobo, la manifestación era numerosísima. Medio pueblo se había unido á nosotros. Entre los verdes y melancólicos árboles, frente al riñón lago, luciente como moneda recién acuñada, blanquea la noble frente del autor de *Emilio*, de *Las confesiones*.

El escultor le ha representado vestido con majestuosa toga romana. Los pliegues de ella caen armoniosos sobre el cuerpo, tan clásicos y tan bellos, como el equilibrado, el sereno estilo del gran escritor. Su rostro expresa dulzura, juventud, inmortalidad de Dios. ¡Qué belleza en las finas facciones, qué arrobo en los adormidos ojos! Parece sorprenderse al inmortal genio en deliquio con la naturaleza que le rodea.

El silencio majestuoso del bosquecillo embalsama de solemnidad aquella isla.

El roce de los pájaros que revolotean sobre la cabeza del gran Rousseau, el desmayado oleaje de las aguas del lago que lamen la isleta, el melancólico quejido de los cisnes negros, navecillas de pluma que surcan la corriente azul, parecen tan solo despertar de su eterno sueño al inmortal cantor de la naturaleza.

Los discursos pronunciados ante Rousseau fueron, en verdad, dignos del genio. Mr. Charbonell trazó un elocuente simil entre Voltaire y el creador del *Contrato Social*; el diputado belga Domblard, con majestuosa y sonora voz, profundizó en la obra literaria del admirable estilista; Belén Sárraga halló frases delicadas para el tierno poeta de las criaturas, cantor de la maternidad y fuente de toda dulzura.

Depositamos una corona de flores pálidas y de rojas cintas á sus pies; los dos colores simbolizan la gravedad y la audacia de quien revolucionó el mundo viejo, despertándole con los apacibles temblores de su lira. Salimos de la isleta dejando al gran Juan Jacobo sumido en su eterno sueño. Parecía mirarnos, sonreírnos, animarnos en la lucha.

Cumplidos estos deberes también con Voltaire, á quien los congresistas visitaron en el castillo de Ferney, que durante tantos años habitara el gran excéptico, el Congreso volvió á sus tareas.

Tuvimos la honra de presidir una sesión el veterano *Demófilo* y quien estas líneas escribe.

Fernando Lozano pronunció un magnífico discurso, modelo de erudición, sembrado de generosos y nobles acentos. Dedicó párrafos inspirados á la memoria del gran aragonés Miguel Servet, sacrificado á las iras del protestantismo fanático de Ginebra. Con trágicas pinceladas

trazó Lozano las aberraciones del fanatismo religioso, deshonra de la Iglesia romana y vergüenza de las comuniones protestantes.

Unas y otras llevaron al suplicio al ilustre aragonés. ¡Vanos é inútiles tormentos! Las sublimes ideas ascienden hasta el cielo del pensamiento con el humo de la hoguera: la infernal llama no consume con las víctimas sus concepciones creadoras: éstas son inmortales. Hace siglos, Servet perecía en Ginebra en holocausto a la ciencia. Hoy, un puñado de españoles canta sus glorias en la ciudad misma que le condenara: la humanidad le consagra recuerdo eterno, agradecida á sus regeneradoras enseñanzas.

El discurso de Lozano causó gran entusiasmo.

No paró en esto el homenaje á Servet. Pompeyo Gener, el original cosmopolita del pensamiento, propuso que se levantara en Ginebra un monumento á Servet. La idea fué acogida con calor, y nos comprometimos todos á buscar artistas españoles que fijaran en bronce y mármol la genial figura del ilustre mártir.

Aun cuando Ginebra y el Congreso no hubiesen dado otras muchas pruebas de tolerancia de su alteza intelectual, bastaría el homenaje á Servet para señalar el carácter civilizador de la reunión librepensadora.

No en todos los países se admira un ejemplo de nobleza como el que nos ofrecía Ginebra al acoger en su seno la inmortalidad del mártir, sacrificado por los mismos á quienes se venera hoy como santos en la Catedral protestante de San Pedro y que dominan la conciencia ginebrina.

Terminó el discurso de Lozano y fué forzoso que hablara yo. Lo hice conmovido ante la majestad de aquella asamblea: pinté como pude la situación de la conciencia española, uncida al Vaticano; el lastimoso estado de nuestra cultura, el atraso en que nos hallabamos, y la necesidad del apoyo internacional para seguir nuestra empresa.

Debí poner mucho calor en mis palabras y gran pasión en mis actitudes, ya que ninguna elocuencia en mis conceptos y escaso arte en mis gestos; y á mi sinceridad juvenil se debe sin duda que los congresistas me aplaudieran. Aplausos que recogí, conmovido, para la falange de luchadores hombres libres españoles, á quienes iban dedicados en espíritu.

La gran cuestión que divide á los humanos, la de enseñanza, surgió poco después. Discusión más interesante y empeñada no la hubo en el Congreso.

¡Qué pasión en los acentos, qué magnífica elocuencia en los discursos!

La torre de Babel parecía aquel salón: se hablaba en distintas y confusas lenguas: un profesor italiano nos recogía refiriéndonos cierta visita que hizo á una Iglesia en compañía de sus hijos; un anciano diputado francés, cuya venerable cabeza recordaba la del fiero *Marceio* de *Los Hugonotes*, quería, á todo trance, cerrar de golpe las escuelas y confundir á la teocracia con la balumba de su oratoria. Un libertario proponía que se suprimieran los juguetes de niños dedicados á exaltar al ejército. Las cajas de soldados de plomo le parecían una escuela de matanza, y los uniformes con que visten ciertos papás á sus criaturitas simbolizaban para el orador el espíritu de saqueo y latrocinio. «Desterramos de los cerebros infantiles—gritaba—todo ideal que no sea civilizador y culto.»

En medio de aquella tempestad se deslizó como anguila hasta la tribuna el insinuante, travieso y encantador Sebastián Faure.

¡Hombre extraordinario! Admiraba sus obras, sentía vivo interés por su errante y novelesca historia. Cerebro de los anarquistas intelectuales, su existencia se ha consumido en una lucha encarnizada.

Peleó en las calles de París, entró á saco las iglesias, se consumió en las cárceles, acometió á los burgueses con el fuego, con el hierro, con la palabra, con el libro, con la canción, con la burla, con la blasfemia. Espíritu francés, no puede negar su casta y raza; queriendo destruir los cimientos de la sociedad, edificó transparentes torres de marfil á la belleza y al arte. De sus jornadas sangrientas nacieron delicadas canciones; de las hogueras, obras literarias exquisitas.

Cuando la policía iba á buscarle, le hallaba en terrible lucha con el metro de un verso, pasando las hojas de admirables libros.

Una vez va á Marsella, penetra en una casa de mala nota, paga las deudas de las pupilas, las deja en libertad y cantando alegres canciones se regocija con la libertad de aquellas pobres bestezuelas teñidas de colorete, barnizadas como brillantes objetos de placer. En otra ocasión cae de la tribuna del mítin bajo el chaparrón de una tremenda silba; se levanta, canta valientes coplas, sugestioná á los oyentes, que acaban por

aplaudirle y decir:—¡Cosas del ciudadano Sebastián!

Correcto como un *gentleman*, luciendo en el ojal de la levita una rosa de té, usando exquisitos y delicados ademanos, el gran destructor de la humanidad pronuncia un admirable discurso; su voz va penetrando lentamente, acariciando el oído. A los pocos minutos, el auditorio en masa se le entrega. Es un orador admirable, un maravilloso artista de la palabra.

Le rebaten sus argumentos: el joven Zevaes, concocidísimo propagandista francés, pronuncia una oración en defensa de la enseñanza libre. Surgen incidentes, se propone por alguien que nadie tenga derecho á elegir su sistema de educación hasta los 18 años.... Por fin, hé aquí las bases que se aprueban:

1.^a Que los niños de uno y otro sexo, en todos los países del mundo, reciban una educación racional, integral, común y gratuita.

2.^a Que la enseñanza sea convertida en uno de tantos servicios públicos, á condición de que los maestros sean laicos y no puedan inspirarse sus enseñanzas sino en los supremos dictados de la razón y de la libertad.

3.^a Que la independencia material é intelectual de los maestros sea garantida, como lo está la de los magistrados.

4.^a Revisión y depuración de todos los libros que sirven de texto en las escuelas.

5.^a Desenvolvimiento de todas las enseñanzas profesionales.

6.^a Supresión absoluta de todo emblema religioso en las escuelas.

7.^a Convocar á un concurso internacional para obtener la redacción de un manual de educación laica, cívica y humana para uso de todos los niños, sin distinción de sexos, razas ni nacionalidades.

Para lograr que estos acuerdos produzcan resultados prácticos, decidió el Congreso adoptar las siguientes resoluciones:

1.^a Indicar á los periodistas librepensadores de todo el mundo los puntos que hay que tratar á una misma hora en todas partes y las campañas que hay que realizar acerca de unas mismas cuestiones en todos los pueblos.

2.^a Dar las mismas instrucciones á los diputados de todos los países, á fin de que las interpelaciones en todos los parlamentos vayan al unísono con los artículos de la prensa periódica.

3.^a Que sin cesar se celebren mítins y manifestaciones con objeto de interesar al pueblo en pro de los ideales del librepensamiento.

Al siguiente día, las damas congresistas cuten el papel de la mujer en la sociedad futura: el debate produce incidentes graves. No se entienden. Quieren negar autoridad al marido y al padre, invadir las profesiones y carreras. A gritos pelados establecen su isla de San Baladrán en el augusto salón del Congreso....

Cuando más gritan, salimos del local varios diputados belgas y franceses y nos dirigimos á un restaurant.

Celebramos el almuerzo de despedida. Nuestras relaciones se han estrechado fraternalmente. Hubbard, el simpático diputado, y Fournemont, el alma del Congreso, hablan con entusiasmo de España.

El dorado vinillo de Neuchatel llega á nuestros paladares como perfume de una conversación exquisita, sembrada de anécdotas, de chistes, de planes, de proyectos; se barajan nombres, desde el de Silvela, que hace reír, al de Comber, de quien los diputados franceses hacen gran elogio. Termina el almuerzo. Un estrecho abrazo nos despide.

—Iremos á España. ¡Contad con nosotros!

—dicen aquellos simpáticos compañeros.

La vanguardia del progreso desaparece de mi vista. Ellos van á luchar por las últimas conquistas del porvenir.

Nosotros, ¡ay!, nos dirigimos tristes y cabizbajos al cementerio meridional que se extiende desde Gibraltar hasta los Pirineos.

RODRIGO SORIANO.

LAS HUELGAS

Los gobiernos monárquicos con sus errores y desaciertos han convertido en crónica la dolencia del paciente, dando lugar á que las huelgas en España tengan permanente existencia, si bien hoy es un oficio, mañana una ocupación asociada, otro día un cuerpo de empleados ó funcionario; cuando se desenvuelven pacíficamente, es muy sensible que vivamos en un verdadero desequilibrio; pero cuando se derrama sangre, como sucedió en Barcelona cuando el intento de paro general y hoy acontece en La Línea, entonces revisten todos los caracteres de

un verdadero movimiento de protesta revolucionaria del oprimido contra los tiránicos opresores.

Y cuenta que detrás de esta última huelga no se oculte algo peligrosísimo que, conociendo bien el estado de verdadera perturbación moral y de desequilibrio en que vivimos, imperando la injusticia, no arroje incesantemente leña al fuego, sobre todo en comarcas fronterizas ó territorios que proclaman al mundo nuestra debilidad y las grandes iniquidades cometidas por reyes que fueron y gobiernos que miraron con preferencia la afirmación en el trono de monarca, que los verdaderos intereses nacionales.

Las épocas pasadas se distinguan por revueltas de motín, en que el pueblo clamaba por los principios y luchaba por la libertad. Hoy que esta aherrojada la libertad, divorciado el elemento popular de los ideales y atento á sus particulares intereses, son las huelgas la manera de procurar y de obtener las aspiraciones socialistas. Parece que caminamos, no al admirable socialismo redentor, sino á un colectivismo egoísta, exclusivista y reaccionario, en el que, cual comunidad trailuna, cada fraile trabaja por la comunidad y las comunidades no se preocupan más que del interés de la orden.

Así se agitan los obreros demandando mejora de salario y disminución de trabajo. Demandas de justicia, reclamaciones necesarias, pero faltas de algo que constituya la verdadera razón y que dignifique la demanda. No se puede obtener el pan si al propio tiempo no se reclama el derecho y se ayuda de las ideas de libertad, porque la limosna otorgada por el poder que tiraniza é impone la fuerza como solución, es el ayuno para el día de la crisis y del vencimiento.

El partido obrero con sus doctrinas egoístas, con sus predicaciones contra la democracia y los ideales de libertad y de progreso, no ha alcanzado proselitismo, pero ha logrado el apartamiento de elementos del republicanismo, lanzándolos á las huelgas pacíficas y pacificadoras, sin verdadero concierto, sin plan, sin dirección ni amparo de una bandera política que afirme los derechos del hombre, que garantice todas las libertades, y que tiene incorporados en sus programas el medio de redimir al elemento obrero por el derecho.

La monarquía será siempre enemiga de los elementos populares; la institución imperante podrá hacer concesiones influida por el miedo, pero estará siempre bajo la dependencia de las conveniencias del capital, á quien en modo alguno puede abandonar; y hoy surge una huelga que se conjura por unos cuantos días, ofreciendo los patronos lo que no han de cumplir, pero se solucionó el conflicto restando fuerzas á los obreros, desanimando á los más decididos y obligando á retroceder asustados á los débiles. Así se han disuelto ya en estos últimos años sociedades importantes, y así irán viniendo á las demás si los obreros persisten en el error de apartarse de la democracia y no la requieren y se unen estrechamente al partido republicano, para que dé dirección al impulso hoy, enlace y dé solución definitiva mañana en el gobierno á las justas aspiraciones de los que trabajamos y producimos.

A.

Comiquerías

«HAMLET»

El homenaje rendido por Fuentes á Shakespeare, el más genial de cuantos escritores dramáticos del mundo merecen el calificativo de maestros, representando *Hamlet* la noche de su debut, demuestra ante todo la cultura del joven actor, que de manera tan concienzuda ha sabido identificarse con la simpática creación del gran poeta inglés.

Fuentes ha puesto á contribución su talento y su gran amor al arte para representar la tragedia—adaptada á nuestra escena por dos literatos muy cultos, los señores Llana y López Ballesteros—con absoluta propiedad.

Vestuario, decorado, todo cuanto en el teatro hace que la ficción se aproxime más á la realidad y que la verdad histórica no padezca, lo hemos hallado en el *Hamlet* que la compañía de Fuentes nos ha dado á conocer.

Pocas palabras escribiremos de la tragedia. Nos sentimos muy pequeños para penetrar con el *escapelo* en la sublimidad de los pensamientos, en la magificencia de las escenas, en la grandeza de la idea que inspiró á Shakespeare la creación de *Hamlet*, siquiera esta obra haya perdido, y no poco, al ser vertida al idioma castellano y adaptada al teatro moderno.

Tenga ó no defectos el arreglo, abunden ó escaseen los ripios en aquél, lo cierto es que

por su buen acuerdo de traducir la inmortal obra del gran escritor y adaptarla á nuestro teatro con esmero plausible, merecen sincero elogio los señores Llana y López Ballesteros.

Aplausos y aplausos entusiastas, mayores aún que los que el público le ha tributado por su labor artística, merece Fuentes de la crítica. Vive y siente el personaje *shakesperiano* de manera admirable. Fuentes está en eminente representación el *Hamlet*.

El joven artista granadino llega ahora más al público, porque ha logrado curarse la pertinaz afonía que antes le dominaba tan pronto como tenía que hacer una obra de empeño. La compañía, en conjunto, nos ha parecido muy aceptable; pero hemos de hacer especial mención de la señorita Arévalo, que representando el papel de *Ofeelia* ha delatado notables progresos en su carrera de artista. También merecen señalada distinción el señor Espejo y el joven actor señor Calvo, de quien nos ocuparemos con más detención otro día.

Solamente el público de las alturas ha respondido á la atracción que debió ejercer para todos el *Hamlet*. Ni aun anoche, siendo domingo, se vieron totalmente ocupadas las localidades de preferencia.

Y esto, digámoslo con sinceridad, es un mal síntoma para la parte económica de la temporada teatral, que con tan gran éxito para él ha inaugurado el señor Fuentes.

Esta noche se pondrá en escena la original creación de Echegaray *El loco Dios*, obra en que el primer actor y director de la compañía, señor Fuentes, consigue dar gran relieve al papel de protagonista, cuyas dificultades de ejecución ya conoce el público sevillano.

VICTOR HUGO Y SUDERMANN

El editor Sempere, incansable en su tarea de dar al público libros buenos y baratos, acaba de publicar dos obras importantes.

Una es de inmortal Víctor Hugo, y se titula *El sueño del Papa*. De todas las obras del famoso poeta, ésta es la menos conocida, á pesar de su gran valor. Es una sátira de los Papas que olvidan por completo la misión cristiana y sostienen los mismos abusos que anatematizaba Jesús. La ironía de Víctor Hugo y su vasta concepción de la humanidad brillan en esta obra. Además completan este volumen obras tan importantes como *Religion y religiones*, *El año* y *La ciudad luz*. Es todo lo que escribió Víctor Hugo en la última época de su vida, cuando su espíritu había llegado al grado más supremo de bondad y anhelo de justicia.

La otra obra publicada por la casa Sempere, es *La mujer gris*, de célebre novelista alemán H. Sudermann, el autor de *El deseo* y *El camino de los pios*.

La mujer gris es un delicado estudio del alma femenil, que se lee con gran atención. El interés de la novela es grande y tiene la fuerza dramática de todas las obras de Sudermann.

Tanto el libro de Víctor Hugo como el de Sudermann, se venden, cual todos los de la colección de «Libros populares», al precio de una peseta y forman dos hermosos volúmenes.

DE TOROS

La novillada que ayer se jugó en nuestra plaza fué de esas que merecen calificarse de «cebelitas».

El ganado... de Surga. *Camisero* toreó bien en quites y de capa; pero no le sopló el aire de la fortuna con el pincho. Sin embargo, de los toreros que ayer salieron á la plaza, él era el único que sabía lo que se traía entre manos como matador.

Maera chico debe seguir clavando rehiletes. En eso está fuerte y en eso se le aplaude.

Y como suponemos que no reinciadirá nuevamente, hacemos punto aquí con respecto al trabajo que realizó como estoqueador.

Genaro Escudero... ¿verdad que no suena ese nombre ni ese apellido en un cartel taurino? *El Liberal* ha hecho de él una comedia del tango del *morrongo*.

Nosotros solo nos permitimos aconsejarle que en tanto no esté más ducho en la materia, no se presente en plazas de la importancia de la nuestra.

Y nada más merece reseñarse de la corrida de ayer, que, como cosa y aburrida, le fué en grado superlativo.

En Málaga se celebró ayer corrida benéfica.

A pesar del objeto (1) y del gran cartel que en la ciudad del Guadalmedina tiene el transeño Montes, la concurrencia de público fué escasa,